

“LOS CHOLOS” Y SUS ANTEPASADOS

I

El deseo de hallar una explicación á los orígenes de mi patria, me indujo á mirar en la nación que Le Bon llama “Chola”, situada al sur de la India, algo así como los antepasados pre-históricos del *cholo* peruano.

Cuando lancé la idea, mostré en “Origen de los Incas” analogías de lengua, creencias y costumbres que á mi ver serían el fundamento de una conjetura algo más apreciable que los mitos que hasta ahora esconden la cuna de la civilización incaica. Por entonces no pensé añadir otros datos, que habrían dado á mi trabajo la extensión de un libro sin dar claridad mayor al problema; esperaba que alguno de los comentadores de nuestra historia emitiese opinión, aunque fuese para pulverizar la mía, lo cual me habría alentado, seguramente, á continuar mis estudios con más atención. Como no ha sido así, debo persistir y persisto en mi tema, mientras no se me pruebe lo contrario.

Es por esto que habiendo leído un artículo suscrito por el respetable profesor Sr. Wiesse, en el que se dá significación equivocada al calificativo *cholo*, me hago el deber de rectificarla y evitar que la pequeñísima luz que podría aportar en la investigación de nuestros orígenes, desaparezca ante el prestigio profesional.

Dice en suma el profesor aludido, que con la expresión *cholo* se indica al mestizo, fruto de la unión del blanco con la india. Esta aseveración parece haberse tomado de Garcilaso de la Vega, como de buena fuente que es para muchas investigaciones históricas, no para todas, como en este caso; nuestro ingenuo y viejo historiador debió notar las diferencias étnicas entre los habitantes de las comarcas conquistadas y no pudiendo explicarse el fenómeno de la existencia simultánea de dos razas en un lugar que se creía incomunicado con el resto de la tierra, encontró natural que los habitantes de color más claro fuesen la cría de los conquistadores en las mujeres indias. Esta observación debió hacerla siendo niño, antes de abandonar la patria; pero entonces no tuvo en cuenta que los *cholos* eran en gran número, ni recordó que él también era hijo de español en india y que debía calificarse de *cholo*, antes que de indio, mestizo, inca como lo hace con notable énfasis cada vez que habla de su proapia. El hecho es que por razón que nosotros ignoramos, Garcilaso no quizo ser *cholo* y quizás fué por el desdén que en los españoles notaba hacia la humilde raza indígena.

Sea de ello lo que fuere, es una palabra que fué y es ahora mismo de uso común para nombrar á los habitantes del Perú que no son blancos. Hasta las naciones vecinas la emplean para apodar á los peruanos. Pero.... ¿ en qué consiste que siendo ellos tan mezclados como nosotros, más intensamente mezclados que nosotros, no se les llama cholos? La razón es, que no lo son; que esa palabra no tiene el sentido de *mezcla* que se le atribuye; que gran número de los habitantes amarillos del Perú muestran caracteres diversos del aimará, del kichua del araucano y colombiano, especialmente en algunos centros donde ha conservado su pureza, como en la costa central; que, finalmente, es una raza transplantada distinta de la del sur y norte de la América del Sur y de la autóctona peruana, que no sé si la kichua, predominante en la mayoría de la sierra, aunque mezclada con el cholo, ó aquella otra de escasísima mentalidad, de pómulos salientes, enjutos, angulosos, de color rojo *oscuro* á quienes los mismos cholos apellidan *yanacuna* (gente negra). Hago notar que con este

mismo nombre se llama en el Indostán, como lo certifica Le Bon, á la degenerada raza autóctona del Dekan. Los ejemplares del *yanacna indígena* los vemos todavía esparcidos y como escondidos en las proximidades de la nieve andina ó refugiados en ciertos rincones de la montaña. A estos he aplicado el adjetivo *autóctono* sólo para distinguirlos de las otras razas (el cholo y sus mezclas), pues no tengo fundamento alguno para creer que los tales yanacunas fueron los regnícolas del Tahuantinsuyo al advenimiento de los primeros inmigrantes. Al contrario, nada se opone á que cholos y negras, habitantes de la misma zona en el Indostán, hubieran emigrado juntos y guardado aquí la diferencia de castas.

Si admitiéramos la aseveración del doctor Wiese, tendríamos que convenir en que la mitad de la población del Perú era cría directa del blanco y de la india, ó siquiera su descendencia, lo cual es inaceptable, 1.º: por el hecho de ser ahora mismo pocas esas uniones; 2.º: por la resistencia que en todo tiempo ofrecieron al tráfico carnal ambas razas; 3.º: porque caso de haber sido ese tráfico corriente y efectivo, la absorción de la raza blanca por la indígena se habría realizado antes de dos siglos de la conquista, en razón del poco número de los invasores, que representaban en su mejor época, cuando más el 6 por ciento de la población total.

Para que se vea que el cholo no es una mezcla de razas y que sólo en los últimos tiempos se ha convertido en un apodo denigrante, recordaré la numerosa tribu de los *Cholones* esparcida en el alto Huallaga y el Perené, que no hace mucho unida con los Campas, destruyeron las misiones establecidas en tierras habitadas por ellos. ¿Acaso estos cholones eran también descendientes de los blancos en mujeres del Huallaga? Tiempo hace que no se les menciona y quizá hayan desaparecido como otras tribus, víctimas de la peste, del hambre, ó de sus continuas guerras, que en la montaña llega hasta el esterminio; pero queda el nombre denunciado su parentesco con el Cholo, con esa raza pura ó mezclada extendida en todo el territorio peruano, que parece descen-

der de un tronco, con caracteres especiales transmitidos invariablemente por herencia.

Todos saben que la influencia moral de la raza española que hubo de desdeñarse sus ideas y costumbres entre los conquistados, se manifiesta casi nula á pesar de los esfuerzos del clero y de una legislación común; esto prueba que ambas razas, lejos de fundirse, se mantienen separadas, conservando los cholos en sus caseríos y en el campo sus caracteres peculiares hereditarios; al paso que los mestizos y los blancos concentrados en poblaciones urbanas, muestran á su vez las características de su ascendencia.

El castellano tiene la palabra *mestizo* para significar el producto de razas diferentes: no necesito inventar otra ajena á su índole, sin significación ni derivación en el idioma. El kichua, no la tuvo y por eso adoptó la palabra *mistiti* (mestizo) para significar la misma idea y todavía la usa hoy, al cabo de cuatro siglos. La expresión *cholo* no puede, pues, tener el sentido que le da el Sr. Wiese; y de ello le sería fácil convencerse si se fijara en que es una dición denigrante en el vocabulario de los peruanos blancos, medio blancos y hasta de negros; y aun más, en los lábios de nuestros vecinos del sur, cuando la dirijen á los necios que se dejaron vencer, pudiendo ser vencedores. En ella no hay, por cierto, la mente de echar en cara nuestra sangre mezclada, que para ellos sería igual mengua; nó, porque saben bien que en tal caso serían tan cholos ó tan denigrados como nosotros. Yo creo que ¡cholo! es un apóstrofe á la raza, usado en un principio por los aborígenes y después por los conquistadores, en sentido de menosprecio, igual al que sienten los soberbios sajones cuando se refieren á otras razas.

Entiendo que nos dicen cholos porque lo somos en efecto; porque, seguramente, es el nombre de *nuestra* raza; de esa raza conocida de época remota en aquellos países que ella conquistó, convertidos hoy en odiosos émulos nuestros desde que nos vieron caídos.

El señor Wiese no ha tenido oportunidad, yo creo, de escuchar esa dulce expresión "*cholollá*" de la madre indígena

atrayendo á su pequeñuelo dentro de su pobre choza; frase que está muy lejos de recordar al blanco que jamás estrechó en sus brazos. El señor Wiese no ha escuchado tampoco las frases que se dirijen los indígenas cuando se encuentran, en las que campea la palabra cholo, siempre en sentido cariñoso ó entusiasta. Me imagino, por eso, que en otro tiempo debió servir para indicar la nacionalidad, y el uso la ha conservado como voz de confraternidad entre ejemplares de la misma raza. Hoy se la aplica á los que entran á nuestra intimidad ó merecen nuestra simpatía, y se la emplea entre muchos como especie de provincialismo.

Es frase muy corriente aquella de "buen cholo", "rico cholo" que expresa nuestra admiración, en igual forma que lo hacemos al admirar el hecho de un italiano ó de un francés. Es aún más frecuente en sentido cariñoso y atractivo en los labios del indígena durante sus conquistas amorosas, sus orgías y sus alardes de valentía.

En suma "cholo" puede ser una palabra *ta-cruul*, *sanscrit* ó *china*, nunca española, y mucho menos con la significación de mestizo que se le atribuye.

II

Es evidente que existió una civilización pre-incaica, cuyos rastros aparecen en los monumentos de adobe y piedra diseminados en diferentes puntos del territorio, con la particularidad que anticipadamente anoto, de que algunos de ellos conservan la efigie del *puma* en los pórticos y de la serpiente en los altares, revelando que fueron símbolos sagrados ú objetos de veneración, por lo menos, en las creencias de aquellos tiempos.

¿Qué se hicieron los constructores de aquellos soberbios edificios? ¿Qué se hicieron los creyentes de las divinidades evocadas en esos suntuosos altares? ¿Desaparecieron acaso por efecto de un cataclismo, sin dejar un testigo, una tradición, siquiera una leyenda?

Sólo sabemos que entre ellos y los incas hubo el tiempo suficiente para borrar hasta la memoria de una catástrofe, si la hubo; tiempo dentro del cual caben otras inmigraciones que contribuirían á relegar en el olvido la primera, un espacio de muchos siglos transcurridos en el silencio, como digna loza preparada por el destino sobre la tumba de un pueblo y de una civilización extinguida. Es una cuestión de criterio.

Yo no creo tal, porque sé que la duración de un monumento de piedra es corta y efímera, comparada con la vida del pueblo que lo levanta. El primero tiene desde que nace la inmovilidad del cadáver, en tanto que la segunda tiene un alma cuya energía sigue sin cesar alimentándola y trazando las evoluciones que la hacen perdurable por los siglos. Yo no creo que murieron los hombres de la civilización pre-incaica. En su vacilante marcha tuvieron tal vez un período de regresión, durante el cual abandonaron gran parte de sus conquistas y acabaron por guarecerse en lugares inaccesibles á los vencedores; presunción que se halla hasta cierto punto confirmada por la Historia, según lo tengo demostrado en "Origen de los Incas". Fué el inca, que sorprendido de encontrar no sólo los grandes templos dedicados á Patza-Cámac y Chíncha-Cámac que servían á un culto semejante al suyo, sino también sacerdotes ó jefes con los nombres de Cuis-*Mancu* y Chuqui-*Mancu*, tuvo á bien respetar la vida y religión de aquellos hombres que poseían una civilización equiparada á la que venía él propagando. (*Comentarios reales* T. P.)

¿Por qué no serían estos *manco* ó *mancu*, los últimos descendientes, representantes de la cultura vencida en la lucha en que sucumbieron Tiahuanacu, Choquequiran, Chavín, Huansacay, Pumacayan etc, etc ? ¿No es probable que hubiese sobrevenido otra lucha más larga y cruenta, lucha de predominio entre los fetikistas y bárbaros vencedores, que sepultó por siglos costumbres y creencias germinadas en la primera civilización? ¿No serían, los aimaraes y kichuas unidos á los autóctonos de la sierra andina que reaccionaron contra dominadores que los convertían en esclavos y los so-

metían á la vida comunal y á la dura labor de aquellas construcciones ciclópeas? ¿No serían ellos, repito, los que obligaron á los sobrevivientes vencidos ó refugiados al lado occidental de los Andes de donde vinieron ?

Sí, seguramente fueron los kichuas y los aimaraes aliados con grupos de sucesivos invasores del norte y sur del occidente africano y asiático, cuya presencia acusan nombres como Tangarará, Congorá, Chilía, Chançay, Ancón etc., los que trataron de arrojar del suelo á la raza "Chola" que de más antiguo venía dominándolos con su energía, su industria y su régimen político. Si los creadores de estos adelantos hubiesen sido kichuas ó aimaraes, no los hubieran perdido; la cultura creada por la inteligencia y esfuerzos de un pueblo no desaparece sino con el mismo pueblo, puesto que esa cultura es su alma, su vida, su forma, de la que le sería imposible desprenderse. Un pueblo puede degenerar y perderse por deficiencias del medio, como puede ser vencido y esclavizado; pero entonces sobreviene el despueblo, y el emigrante lleva su cultura á lugares más propicios, ó los vencedores toman la herencia del vencido, se la asimilan y surgen, porque surgir es el destino del hombre, aún á través de los desastres, mucho más si vencedores. Esta es la historia de muchos pueblos, repetida á su vez en el pre-incaico.

La civilización perdida no fué pues kichua, ni aimará, ni pudo serlo, porque fueron incapaces de crearla. Vino de fuera, y así lo demuestra el hecho de haber sido muchos siglos después, los Incas, los introductores entre kichuas y aimaraes de las pocas industrias halladas por Pizarro, contemporáneas de los monumentos pre-históricos. Allí están para probarlo sus tumbas y los objetos en ellas contenidos.

No creo necesario insistir en este tema, tratado con relativa extensión en "Origen de los Incas". Allí he dejado en pie la conjetura de una lenta, pacífica y numerosa emigración hacia el Perú, que quizá fué de los cholos de la India, y con ellos la de una dinastía sacerdotal ó política, que en las agrupaciones humanas la han constituido siempre los que se han creído depositarios de la virtud, de la ciencia y del valor de sus subordinados.

Estos cholos son los que contemplo antecesores de los Incas, establecidos en nuestras costas hace sesenta ó setenta siglos, extendiendo desde allí su dominación sobre la sierra hasta el momento de su dispersión. Estos con los que mas tarde fueron hallados en Nasca, Chincha, Patzacámac, á manera de custodios solitarios de su antigua fe, adoradores del *Dios sin nombre* (Patza-cámac) del *Dios encarnado* (Viraj-tza) del *Dios del cielo* Intra (Inti), que Manco-Cápac llevó al Cuzco ahora siete siglos, próximamente; dioses que hallamos en la teogonía Védica.

Sí, quizá fueron los Cholos, porque admitida la analogía de creencias, carácter, monumentos y hasta lenguas, aunque sea de pocas frases, el indígena peruano y los habitantes del sur indostano, hay que admitir forzosamente el influjo intenso del uno sobre el otro pueblo y su incontestable coexistencia en cualquiera época, por remota que fuera.

La prueba plena de que los emigrantes asiáticos fueran precisamente los cholos no la podré dar, ciertamente. Los motivos de mi sospecha están al alcance de cualquiera que lea *Las Civilizaciones de la India* de G. Le Bon, único libro de consulta que me ha venido á manos, al cual me refiero en mis modestas lucubraciones, y á él me atengo.

II

Algo habré de alegar, sin embargo.

De pronto, es de suponer que la emigración fué antiquísima, lenta, numerosa, con energía suficiente para imponer su civilización. Al período emigratorio debió suceder el tiempo que necesitó para extenderse y producir las grandiosas manifestaciones de su esfuerzo que todavía nos asombran. Vino luego el período de lucha con los agrícolas ó quizá con nuevos advenedizos que les disputaron dioses y territorios, lucha terminada con el abandono sucesivo de templos, fortalezas y hogares. Y vino, por último, el día en que convertido el país en un cementerio, fué presa del caudillaje á la vez

que víctima de una regresión muy probable en el estado anárquico de las tribus vencedoras. Este debió ser el campo devastado en que se presentó Manco, propicio para fundar su dinastía, su religión y su cultura.

En los escombros que hallamos hoy de aquellos sólidos edificios de piedra, se trasluce la enorme duración de los períodos citados, en que se debatió la existencia de aquel pueblo desventurado. No le sirvió la restauración incaica, muy pronto anulada por la esclavitud colonial; ni ahora acepta la mano que le tienden la piedad y la ciencia juntas con el objeto de levantarlo del abatimiento en que yace: sigue presa de su terrible inercia, de su absoluta sumisión al *fatal destino*, á la religión fatalista que en la India y en el Perú ha sumido á sus creyentes á la más vergonzosa esclavitud voluntaria.

¿No se producirá en este siglo la conmoción vital que necesita para salvarse?

Como sé que las investigaciones históricas más prolijas penetran difícilmente en los misterios cubiertos por el tiempo, me he detenido en el pórtico, consciente de mi ignorancia, desalentado ante la audacia que sería señalar siquiera la época aproximada de aquella inmigración. Yo la busco con ahinco, como el hijo que ha perdido la huella de su padre; examino los indicios, analizo coincidencias, pido fechas á la historia; arrastrado seguramente por la obsesión de mi propósito, me parece que en todos esos pequeños datos hay un fondo de verdad, incierto, vago, insatisfactorio al fin. Proviene esto, de que el problema de nuestro origen, aunque se probara plenamente que es asiático, está íntimamente ligado con otras incógnitas insolubles hasta ahora.

La afirmación de que la cultura pre-incaica provino del Asia, es la única que ofrece tintes verosímiles, en tesis general; pero con ello no se han resuelto otros varios problemas..... por ejemplo: ¿Cuál es en Asia el pueblo que profesó la religión de nuestros antepasados pre-históricos? ¿Cuál el carácter y estado mental de éstos; apenas conocidos por sus monumentos y por esa nada que sus sucesores los incas nos informan? ¿Cómo hallar posibles analogías y deri-

vaciones sin conocer los dos términos de comparación? ¿Cuál el móvil de una emigración tan vasta, tan difícil, ó más bien, cuál la catástrofe que la decidió? ¿Cuál la vía marítima ó terrestre que la condujo á las playas de América? ¿En qué época cesó? — En todo, un conjunto de páginas blancas en la más interesante parte de nuestra historia.

En mi tesis sobre el origen asiático de los incas, fundé mi presunción en analogías de raza, monumentos, idioma, religión y determinadas costumbres; datos aislados cuya comprobación no estaba á mi alcance, dependiendo de hechos de que no hay memoria y de una compulsión casi imposible entre las escasas leyendas de uno y otro país. Nada nuevo tengo que agregar ahora, pero sí creo necesario insistir en que si hubo emigración, debió ser antiquísima, tanto porque en el Perú ni en Asia existe recuerdo alguno de hecho tan trascendental, cuanto porque los monumentos que dejo citados y las vagas y raras leyendas que se conocen, revelan su edad inmemorial. Además, como los inmigrantes no trajeron escritura, cosa fácil de demostrar, debemos remontarnos á una fecha en que los presuntos emigrados, los cholos, no la conocían. Dato es este que pondría la emigración asiática á más de seis mil años de nuestra era, que es lo más probable.

Al aplicar la cronología asiática antigua, doy la preferencia al sabio indianista Jacoliot, porque encuentro en él criterio más sereno y mejor información que la de Le Bon; éste suele prescindir hasta de las fechas grabadas en las rocas y en los templos, para asignarles edades arbitrarias, como sucede con el templo de Elefanta, que coloca en el siglo VIII antes de Cristo, mientras Jacoliot la coloca más acertivamente entre los 15 y 17 mil años. Así también los *Vedas* escritos en sanscrit, que según Le Bon no tienen más de 1,500 años antes de la era cristiana, Jacoliot los encuentra en Tarnul, idioma del Dekan, de muchísima mayor edad. Es pues, natural que por interés de mi tema prefiera la cronología que permita explicar hechos que parecen indudables, á la otra que suele estar en oposición á la evidencia.

¿Qué son diez siglos en la evolución de un pueblo sin tradiciones, sin escritura, atendido á su singular esfuerzo y dete-

nido siempre por la lentitud del desarrollo colectivo? Yo le asignaría ciento, doscientos, y aún así apenas se percibirán los cambios fisiológicos, los de mentalidad y carácter reveladores de su avance. Nunca habríamos llegado á comprender la existencia del *pre-hombre* si hubiéramos circunscrito la acción de las fuerzas naturales dentro de los cortos períodos del miopismo religioso, en los cuales son imperceptibles las transformaciones de la materia, los misteriosos trabajos de las fuerzas cósmicas y hasta la purificación del pensamiento humano que tan de cerca nos toca.

IV

Sea de ello lo que fuere, voy á ver si es posible apuntar una época á la inmigración chola.

Sabemos que la epopeya del Ramayana se desarrolló en el sur indostano; la escritura la tomó de leyendas antiguas, en las que aparece el héroe *Rama* llegando á Ceilán después de vencer las naciones establecidas en su camino, entre ellas la nación *Chola*. Fué una lucha religiosa terrible, cuyo relato, si bien fué nublado con episodios fantásticos, está muy lejos de merecer el calificado de fábula. El Mahabarata, otra epopeya anterior al Ramayana y á los Vedas por consiguiente, menciona á Brahma, Viraj, Intra y otros dioses adorados en aquellos oscuros tiempos, y describe la suntuosidad y magnificencia de sus templos. Si esto es cierto, el tenor de ambas epopeyas contiene la prueba de que antes de la compilación de los Vedas y antes del descubrimiento de los signos gráficos, los hombres de esos tiempos tenían ya formada una teogonía más ó menos desarrollada. Constaban ya en los Vedas los preceptos, cantares, y epopeyas de esa primitiva cultura cuando en época de Manu se redujeron preceptos, tradiciones y costumbres á un grupo de reglas para la vida axestica, política y privada que todavía se observan con el nombre *Código Manu*.

Hallamos, pues, un pueblo de conocimientos y teogonías avanzadas, víctima de cruenta lucha religiosa que vivió allá en tiempos en que debió realizarse la inmigración á América. Era un pueblo que no conocía el arco en sus construcciones, pero lo reemplazaba con piedras salientes superpuestas, tal como las vemos en los monumentos pre-históricos del Tahuantinsuyo, en los que tampoco se empleó mezcla alguna para la unión de las piedras; un pueblo que aparte de puntos de contactos de su religión con la incaica, se le semeja en costumbres especiales, en el gobierno comunal y en varias industrias.

Este pueblo vencido definitivamente por Rama, agobiado por el desastre, apremiado probablemente á soportar una odiosa servidumbre ¿no trataría de procurarse un refugio salvador? ¿supuesto que *fabricaba navíos* (Le Bon p. 140, 71) no pudo utilizarlos en su extrema situación? Y puesto que eran navegantes ¿no conocieron la América y en ella vieron un asilo providencial y seguro?

A estas preguntas de aceptables respuestas afirmativas todas ellas, se abre un vasto campo á la penetración de un espíritu sagaz. No olvidemos que la necesidad y los peligros son fuerzas irresistibles. Cantú en una de sus notas apunta que *Mandjú* seguido de sus secuases se dirigió á Kamchatka desde el sur de la China. Cito este caso, no por el insólito deseo de convertir á Mandjú en Manco Cápac ni en sus progenitores "Manco" para adjudicarles los honores de la primera inmigración; lo cito como un ejemplo de antiguos éxodos. Pero al citarlo no puedo menos de recordar que los milaneses y muchos franceses convierten el sonido de la letra J en el de las letras C ó Q de tal manera que en vez de decir cajón, dicen *cacon*, en vez de sujeto, *suqueto*, etc. y que siendo estos cambios frecuentes en todos los idiomas y mucho más en los no escritos de otros tiempos, se pueden explicar analogías, y hasta señalar derivaciones increíbles de los antiguos lugares del Asia. Tal vez tenga tiempo de ocuparme del asunto.

El hecho transcendental de una vasta emigración debió fundarse en poderosas razones—¿Y cuál mayor que la miseria

perspectiva de la muerte ó la esclavitud, consecuentes á la guerra? Los cholos residentes en *Cholomandalon*, hoy Coromandel, que sabían fabricar navíos y dedicar monumentos admirables á sus dioses, no pudiendo sustraerse á los sufrimientos del desastre, ¿no es verdad que debían emigrar si tuvieron medios á su alcance? Sí, eso es lo natural. Ellos, que antes de la invasión de los Arios mostraron su cultura en diferentes modos, acaso no tuvieron impedimento para realizar la hazaña de Colón, de Eric, y otros tantos más que lo hicieron seguramente urgidos por la necesidad. Vencidos por el terrible Rama, les iba la libertad y la vida Tenían navíos.....

Acaso también hubo entonces tierra en lo que hoy es mar que facilitara su traslación. Si la hubo y desapareció después en un movimiento seísmico, en una catástrofe cualquiera, ¿cómo averiguarlo? El movimiento emigratorio debió cesar repentinamente, pues de otro modo, la tradición ó la leyenda habría llegado hasta nosotros. Su silencio no permite hasta ahora levantar el velo de aquel secreto de los tiempos. Quizá algún día se descubra en el fondo de los mares restos de la vida que desapareció entonces y nos dé la clave de aquella página luctuosa de la historia humana.

Entre tanto, hay que hacer algo, esforzarse, por ejemplo, en explicar las analogías halladas. Trabajo estéril quizá ó en camino de un resultado absurdo; no importa. No soy de los que se resignan ante los obstáculos, y sigo.

La GÁTIPA, antiquísima costumbre del viajero, de amontonar pedruscos en las cumbres, común á thibetanos y peruanos, y nada más que á ellos, no la explicaré por una invasión de los primeros en nuestro país; pero Le Bon nos dá algunos datos que nos ayudarán en el objeto. El sostiene que la tierra indostana recibió por *muchos siglos* la inmigración del Thibet y del Asan Chino para formar la raza dravidiana de la península del Dekan; precisamente la que fué habitación de los cholos, la hijuela de su raza: ¿ Por qué entonces no presumir que estos cholos ó cholas descendientes del Thibet conservaran aquella costumbre en la época de su expatriación y la llevaran al Perú junto con sus creencias?

A confirmar esta sospecha viene el hecho evidente, saltante, de esa ligera inclinación de los ojos que podemos observar en gran parte de nuestros indígenas y hasta localizarla en varios pueblos de la costa. Los dravidianos, raza resultante de chinos y tibetanos, que por cierto no son Arios, ni los regnicolas del nor-indostano, sino del sur, invadido por la raza amarilla, debieron heredar ese signo característico de sus progenitores y llevarlo donde quiera que fueran. Yo los escuento en Eten y Catacaos, en las cabeceras de Lima, en Huaras y Huari y en muchos cuzqueños y arequipeños, apesar de ser ya mestizos.

Sería también otra confirmación, el hecho de hallarse en las costas de Cholo-Mandalon (Coromandel) un puerto *Chilca* y una serranía *Chota nagpore*, como los tenemos aquí. Bautizar las colonias con los nombres de la patria abandonada, es un modo natural y sugestivo de rememorar la tierra querida; así lo hicieron ingleses y españoles al ocupar la América, así lo hizo Manco Cápac al fundar los pueblos de *Chincha* y *Rímac* en los alrededores del Cuzco, y así seguiremos haciéndolo en cada colonia nueva, porque es casi un deber hacerlo.

No acepto que sea casual la semejanza de *nuestra* raza indígena de la costa, con las efigies de las divinidades indianas que nos copia Le Bon en sus fotograbados. Si se parecieran á los actuales indostanos yo diría casualidad, porque estos vienen sufriendo la influencia de variadas razas ya conquistadoras, ya inmigradas que han diferenciado su fisonomía de la nuestra en el transcurso de cinco mil años ó más; ¿Pero por qué esos etanos que se conservan puros, se semejan á aquella raza casi perdida, que fabricó en la India efigies, á su imagen y semejanza desde luego? ¿Por qué el parecido de chinchanos, chorrillanos y catacaos con las antiguas estatuas y relieves de los templos indostanos que han permanecido inalterables? ¿Por qué no serían ellos los que trajeron el *Intra* ó *Inti*, el *Vishnu*, el encarnado *Viraj-tza*, el creador desconocido *Patza-Cámac*, el cultivo de la tierra, la labranza de la piedra y su colocación sin mezcla en los edificios? Afirmarlo sería demasiada audacia, negarlo en abso-

luto, un empecinamiento. Mas, si los kichuas y aimaraes no fueron los inventores de una teogonía, de raíces claras en el Dekan, ni los creadores de aquellas industrias que no supieron conservar, forzoso es rastrear la cuna de ese progreso entre naciones que ofrezcan analogía de carácter, raza, y costumbres, que lo hubiesen alcanzado y podido transmitir en tiempos pre-históricos.

Menos casual encuentro que “se partan los campos “en épocas fijas—que cada familia posea particular y completamente su lote—que los obreros y artesanos contribuyan “con su trabajo personal en vez de cuota, etc., (*Civilización de la India*) costumbres que en el Perú vienen desde los incas y en las cuales persisten los indígenas á pesar de la autorización legal de vender cada cual su lote, y de estar prohibido el trabajo sin remuneración.

¿Será una simple coincidencia que sólo en la India y en el Perú se encuentren desde fecha inmemorial extensos canales, caminos espaciosos y estaciones cómodas, desaparecidos hoy, que protegían la agricultura y auxiliaban al viajero? El criterio más exigente no puede negarse á reconocer la coexistencia, el paralelismo de estas dos civilizaciones, sin admitir relaciones é influencias entre ambos pueblos, por más que se ignoren el tiempo y la forma en que se realizaron.

Tampoco parece un caso fortuito que entre los discos pre-históricos hallados por Le Bon se encuentre el copiado á f. 281 t. II de las *Civilizaciones de la India*, en último término. En él se diseñan un guanacu á todas luces, un montón de piedras símbolo de la plegaria del viajero, y la figura del Sol, el dios del Cielo, á quien probablemente iba dirigida. Mi interpretación puede no ser la verdadera; pero no resisto á la idea de haber en todo esto una chispa favorable á la investigación de que me ocupo,

El animal diseñado no es un caballo, ni un elefante, un camello, un tigre; los indostanos sabían dibujarlos demasiado bien para que se atribuya esa forma singular á ignorancia del grabador.

En el reverso del mismo disco se nota un signo formado por líneas angulares entrecruzadas, el cual es un adorno, tal

vez un símbolo, muy usado en las vasijas extraídas de los sepulcros de nuestra costa, así como en cornizas de barro y en tallados. Si todo esto es cierto, ¿no es verdad que aquél deseo sería una remembranza del Tahuantinsuyo ?

Voy á permitirme recordar un monumento muy conocido entre nosotros, *de nombre*, pero muy poco ó mal estudiado, á pesar de sus admirables ruinas. Me refiero al titulado vulgarmente *Castillo de Chavin*, de arquitectura que sorprende por su semejanza con la Indostana antigua. El plano de una de sus secciones tomado por Raimondi, Durfeli, y el que éste escribe, muestra su construcción original en cruz ó algo parecido; la galería que allí se vé, donde todavía existe una columna triangular en un ensanche, está cruzada por varias galerías menores que se extienden á derecha é izquierda de la principal, formando pequeñas habitaciones comunicadas entre sí por estrechos conductos cuadrangulares destinados, á mi ver, á la circulación del aire tan necesario en un edificio completamente cubierto. Tanto en las galerías como en los cuartos se ven los techos formados por piedras salientes; la columna triangular tiene en relieve la figura de una culebra, de algunas aves, al parecer desfiguradas ó maltratadas por la humedad; esta columna creo que sirve para sostener la parte central del techo, débil seguramente.

Ahora bien, Le Bon, describiendo un templo antiguo de la India, se expresa así:

“ Resulta que el plano del templo tiene la forma de una “ cruz. Como todos los templos indos, las bóvedas están “ construídas por la simple superposición de piedras hori- “ zontales”. En seguida agrega: “Que se trate de sostener un “ puente ó techo, los indos usan siempre las bóvedas hori- “ zontales, es decir, de piedras superpuestas de manera que “ la una salga sobre la colocada debajo”.

Si la comparación precedente dejara dudas, pueden verse los pequeños sepulcros esparcidos al pie “del Cedro” (hacienda Urcón, provincia de Pallasea) y los puentes de alguna importancia construídos por los indígenas peruanos y se llegará á la evidencia de ser la misma idea y el mismo estilo el

que dominó en las construcciones de ambos pueblos en época remota.

¿Quiénes fueron los imitadores, los indostanos ó los peruanos? La disyuntiva es ineludible, pero no insalvable, si se acepta que los *Cholos* fueron los predecesores del "cholo" actual.

Terminaré con otra cita del mismo autor. A f. 74, primer tomo de *Las Civilizaciones de la India*, encuentro lo siguiente:

"A causa del espanto que inspiraba la "Cobra" (serpiente venenosa) se ha convertido para los indos en animal mal sagrado por excelencia. Forma uno de los atributos principales de Vishnu, en todas partes, en las escrituras de los templos está representada, enroscando sus pliegues tortuosos y erizada de miles de cabezas y de ojos amenazadores".

La serpiente era, pues, el emblema de Vishnu, el dios popular del Indostán, llamado entre los sacerdotes con el *secreto* nombre de Viray—(*Cristo y Chrisma* p. 235) "Swagam-bhuva-Viray-Nara sont les noms de la Trinité employés dans le mysteres et dans les hautes speculations theologiques. *Brama-Vishou-Siva* sont les noms sous les quels la trinité est représentée et adorée dans les pagodes".

Pues bien, este emblema lo encontramos en el monolito de Tiahuanaco (Raimondi) lo mismo que en el templo de Chauvin de Huantar, de cuyo altar central se extrajo el magnífico relieve que hoy existe en el Museo Nacional. Como no sería extraño que personas poco versadas en la materia desviarán su significación, debo recordar que es un rasgo característico de los asiáticos, simbolizar los atributos de sus divinidades dándoles el aspecto de monstruos aterrorizantes algunas veces, como en este caso. Cabe aquí preguntar de nuevo ¿quién fué imitador? ¿Los peruanos ó los indostanos?

Agregaré, finalmente, que con el nombre de *Uchun* se designa en el alto Marañón á toda eminencia aislada; las hay que parecen naturales, pero las que se encuentran cerca de poblado son casi todas artificiales. Esta circunstancia me permite suponer que en otro tiempo fueron altares en ho-

menage de Vishnu. La semejanza de la palabra, es para mí motivo de sospecha de que el altar tomaba el nombre del sér venerado, á manera de lo que se hace hoy dando á las iglesias el nombre del santo que en ellas se venera.

No olvidemos que se trata de los cholos, de un pueblo abatido por el desastre, detenido en su progreso y obligado probablemente á abandonar la patria.

¿Qué fué de él? ¿Hacia dónde le llevó el destino cuando no le quedaban más que su incierta mortalidad y sus pavorosos recuerdos? No murió. En los siglos posteriores debió reaccionar, porque Asoka, último rey Ario, que vivió 250 años antes de Cristo, lo cita en las leyes que mandó grabar como una nación pujante y valerosa, viviente todavía en el Sur del Indostán. Aparece después defendiendo su libertad contra poderosos conquistadores que jamás lo dominaron por completo, sin exceptuar los ingleses.

Lo expuesto sobra para establecer la probabilidad, de que si hubo una inmigración asiática bastante inteligente y fuerte para imponer su cultura á quichuas y aimaraes, provino de la nación Chola, aborígen del Dekan.

IV

Una objeción. Los emigrados asiáticos, quienes quiera que fueran, debieron tener consigo los útiles más usuales de su vida social, sus animales domésticos, sus armas, porque no es posible que todo lo dejaran y se limitaran á traer sus gentiles cuerpos, para la difícil lucha de su nueva y anómala existencia. Debieron también, tener un idioma, ¿Qué se hizo?

Sin desconocer la importancia de las reflexiones anunciadas, para mí no tienen más valor que las demás incógnitas en que va penetrando nuestra investigación. De ellas me ocuparé en cuanto mis dolencias lo permitan.

Por ahora voy á terminar este escrito, ya demaciado extenso para su carácter de modestísima colaboración á la investigación histórica; debo terminar, digo, con unas pocas consideraciones sobre la lengua y los monumentos citados.

¿Cuál fué el idioma de los Cholos? yo no podría decir más sino que no fué el chino. En el Dekan existen cuatro ó cinco

idiomas bien definidos, siendo el literario y principal el *Tamul*, aparte de numerosos dialectos. Alguno de ellos fué tal vez el kichua, pues es muy posible que los sacerdotes ó los representantes de aquella civilización de ahora siete mil años ó más que encontramos en la época incaica como refugiados en Patza-Cámac, Chavin y Chíncha, hubiesen conservado gran parte de su primitiva lengua y la impusieran siglos después, cuando volviesen á dominar con el nombre de Incas. Así se explicarían las muchas analogías del kichua con el tamul y el sanscrit.

Bien podría ser también que perdido el primitivo idioma de los inmigrantes en un dialecto nuevamente formado, se conservasen algunas significaciones y palabras de la lengua originaria como se conservan los vocablos latinos en el italiano y español. Algo se vislumbraría estudiando estas evoluciones en el tiempo que necesitan. ¿Pero quién se atrevería á sostener que el idioma de los tahuantinsuyos autóctonos fué el kichua, en el período de los monumentos prehistóricos? La historia nos dá ejemplos de pueblos que cambian su idioma conservando su raza y carácter, y de otros transformados en diverso sentido que conservaron la lengua de sus antepasados.

Aventurado parece atribuir á un solo grupo de inmigrantes la civilización que heredaron los Incas. Sin embargo, si ese grupo fué numeroso y llegó á un territorio escasamente poblado como es hasta ahora nuestra costa, es muy posible que permaneciendo en ella por algún tiempo, hubiese terminado por absorber á sus pocos habitantes y dar el tinte de uniformidad que caracteriza esa raza.

En nuestro extenso litoral se distinguen en efecto el paso de pequeñas inmigraciones que dejaron rastros de su religión y lengua, que en razón de su corto número tuvieron seguramente, la finalidad de refundirse en la población *chola* que ya la habitaba. No sucede lo mismo con las agrupaciones de nuestra costa central y norte; á estas se las distingue muy claramente por sus rasgos físicos mas homogéneos, por sus trabajos de alfarería, por su religión, que nos ha conservado

Garcilaso, por sus monumentos y sus importantes poblaciones urbanas. Por eso es de presumir que fuesen ellos los que trasmontando las alturas andinas llegasen en el transcurso de algunos siglos á dominar hasta el lago Titicaca.

luthi en sanscrit significa= “fases de la luna”, *Tyti* en Tamul significa “aniversario de los muertos”. En *Origen de los Incas* he insinuado la sospecha de que el templo que existió en la Isla *Titicaca*, fuera dedicado á la Luna, teniendo en cuenta que sus fases se marcaban sobre las rocas de la orilla durante las mareas del lago. En cuanto á la palabra *Tyti*, se me figura que su sentido se encuentra en el nombre de Tiahuanacu, que quizá no es más que adulteración de *Tiahuanunca*. La referencia que esta hace á la muerte permite sospechar que en su recinto se conmemoraba á los muertos á igual de los indostanos que hasta ahora les dedican un culto especial.

Por venir al caso no dejaré de citar el hecho de que en no pocas poblaciones indígenas, el sentimiento por la desaparición de un miembro de familia, se traduce por manifestaciones de alegría y hasta por vergonzosas orgías. Cualquiera puede observar hoy mismo en ciertas poblaciones que se llaman cultas, grupos de indios conduciendo el cadáver de un párvulo, precedidos de bailarinas y cantoras del *Arahuí*, al son de la flauta y el tamboril; estas fiestas terminan en repugnantes crápulas autorizadas en cierto modo por el clero católico, pues que no pueden oponerse á los *naturales desbordes* de alegría, cada vez que un *angelito se vá al cielo*. Pues bien: tan insólita costumbre que cualquiera supondría ser única en el mundo, tiene su paralelo en algunas tribus del Dekan. Le Bon refiere que “Los *Todas* y los *Badazas* “acompañan sus felicitaciones con sollozos, se lamentan “danzando, celebran sus funerales por medio de orgías”. Siempre las analogías de carácter y costumbres.

Dejando á un lado elucubraciones que yo mismo suelo calificar de fantásticas, avánzome ahora á preguntar si hay algún inconveniente para que los inmigrantes que trasmontaron los Andes dedicasen templos á *Intra*, Dios del cielo indostano, que bien pudo convertirse en *Inti*, Dios del cielo

peruano; sino á invocar en ellos á *Viraj*, encarnación del sér supremo allá y aquí, cuyo emblema debió existir en el Cuzco como existe en el pórtico de Tiahuanaco. No debieron levantarse templos sino para dedicarlos á la adoración de personalidades bien definidas, á divinidades perfectamente reconocidas durante el lapso de tiempo necesario para arraigarse en la mente popular. Es decir, que no pudieron levantarse edificios como los que ostenta nuestro período preincario, sino por hombres que tenían una teogonía prestigiada por su antigüedad y sus numerosos creyentes. Conceptúo, por eso, excesiva condescendencia, atribuir á kichuas y aimaraes tan hermosos monumentos, cuando salta á la vista su baja mentalidad; ni hay fundamento para suponer que entre ellos hubieran surgido espíritus capaces de la civilización perdida, cuando no supieron continuar siquiera lo que gozaron. El *cholo* debió perder en su mezcla con el kichua. La resultante es la raza predominante hoy en el Perú: cualquiera puede ver de lo que es capaz.

Entretanto, encontramos huellas de los asiáticos (cholos) adoradores de *Intra* y *Viraj*, adoradores de una alma ó poder supremo que allá ni aquí se atrevía nadie á pronunciar: huellas bien marcadas no sólo en *Chincha* y *Patza-Cámac* sino también en el templo de *Chavín Osa* y en los sepulcros de *Sipa* que *Wiener* hizo representar en la exposición de París (1878) con cartones que imitaban el granito.

Tampoco acepto que las obras de alfarería del período prehistórico peruano, encontradas en la costa central, aparecieran de improviso traídas del Ecuador ó de Centro-América, donde se dice que existen iguales ejemplares. Es más probable que estos países los hubieran recibido del Perú, porque no habiendo en ellos otras muestras de cultura que estos artefactos, sería pretender que esa industria se desarrolló aislada, como planta exótica, en países muy atrasados bajo otros conceptos.

Las imágenes, los símbolos, las costumbres y las creencias representadas con tanta perfección en esas obras, denuncian un grado de cultura superior, que los españoles no hallaban hasta su desembarco en *Tumbes*.

En cuanto á su inmenso número depositados en las tumbas me voy á permitir una hipótesis. La idea de la supervivencia que supongo venida de Asia, se hizo lugar en las creencias del pueblo, y de allí el ahinco de fabricar toda clase de utensilios para colocarlos en las sepulturas, tras de las cuales seguía la vida con sus necesidades y goces. Esta fantasía de la supervivencia se transformó en la India en metempsícosis; aquí por la época remota en que vino sirvió para estimular á los nuevos creyentes á proveerse de lo necesario en la otra vida. Esta idea, que aconsejó enterrar á los muertos con sus útiles y adornos, es la misma que hecha general, dió lugar á la abundante fabricación de los *huacos* que llenan los sepulcros antiguos. No está justificado que estas obras y su entierro, tuvieran otro móvil que hacerlas servir después de la muerte, puesto que sólo se encuentran en las tumbas y completamente nuevas.

Pedro I. Cisneros.